



LA FLOR DE LA SALUD

No lo dude V. — declaró el médico, afirmándose las gafas con el pulgar y el anular de la abierta mano izquierda. — He realizado una curación sobrenatural, milagrosa, digna de la piscina de Lourdes. He salvado á un hombre que se moría por instantes, sin recetas, ni píldoras, ni directorio, ni método... sin más que ofrecerle una dosis del licor verde que llaman esperanza... y proponerle un acertijo...

—¿Higiénico?

—¡Botánico!

—¿Y quién era el enfermo?

—El desahuciado, dirá V.; Norberto Quiñones.

—¡Norberto Quiñones! Ahora sí que admiro su habilidad, doctor, y le tengo, más que por médico, por taumaturgo. Ese muchacho, que había nacido robusto y fuerte, al llegar á la juventud se encenagó en vicios y se precipitó á mil enormes disparates, apuestas locas y brutales regodeos; tal se puso, que la última vez que le vi en sociedad no le conocía: creí que me hablaba un espectro, un alma del otro mundo.

—El mismo efecto me produjo á mí — repuso el doctor. — Dificilmente se hallará demacración semejante ni ruina fisiológica más total. Ya sabe V. que Norberto, rico y refinado, vivía en un piso coquetón, muy acolchadito y lleno de baratijas; su cama, que era de esas antiguas, salomónicas y con bronce, la revestían paños bordados del Renacimiento, plata y raso carmesí. Pues le juro á V. que en la tal cama, sobre el fondo rojo del brocado, Norberto era la propia imagen de la muerte: un difunto amarillo, con tez de cera y ojos de cristal. Para acentuar el contraste, á su cabecera estaba la vida, representada por una mujer mórbida, ojinegra, de cutis de raso moreno, de boca de granada partida, de lozanísima frescura y alarmante languidez mimosa — la enfermera que manda el diablo á sus favoritos para que les disponga según conviene el cuerpo y el alma.

Norberto me alargó la mano, un manojo de huesos cubiertos por una piel pegajosa que ardía y trasudaba, y mirándome con ansia infinita, me dijo cavernosamente:

—No me deje V. morir así, doctor. Tengo veintiséis años, y me da frío la idea de invernar en el cementerio. Es imposible que haya V. agotado todos los recursos de la ciencia.

¡El ruego me conmovió, y eso que la práctica nos endurece tanto! Tuve una inspiración; sentí un chispazo parecido al que debe de percibir el creador, el artista... y con los ojos hice seña de que la individua estorbaba.

—Vete, chiquilla—ordenó sin más explicaciones Norberto.

Y nos quedamos solos.

Le apreté la mano con energía, y sacando el pomo del consabido licor verde, lo derramé en sus labios á oleadas.

—Animo—le dije.—V. va á sanar pronto. Volverá V. á tener vigor en los músculos, hierro en la sangre, oxígeno en el pulmón; las funciones de su organismo serán otra vez normales, plácidas y oportunas: el ritmo de la salud hará precipitarse el torrente vital, rápido y gozoso, de las arterias al corazón, y subiéndolo luego al cerebro despejado, engendrará en él las claras representaciones del presente y los dorados sueños del porvenir... Estoy seguro de lo que prometo; seguro, ¿lo oye?: V. sanará. No debo ocultarle á V. que la ciencia, lo que se dice la ciencia, ya no me ofrece recurso alguno nuevo, ni útil. Humanamente hablando, no tiene V. cura; pero donde acaba la naturaleza principia lo sobrenatural y portentoso, que no es sino lo *desconocido ó inclasificado*... La casualidad me permite ofrecer á V. el misterioso remedio que le devolverá instantáneamente todo cuanto perdió.

Cualquiera pensaría que al hablarle así á Norberto, iba á mirarme con honda desconfianza, sospechando una piadosa engañifa. ¡Ah, y qué poco conocería quien tal imaginase la condición de nuestro espíritu, en cuyos ocultos repliegues late permanente la *credulidad*, dispuesta á adoptar forma superior y llamarse *fe*!

Los ojos de Norberto se animaban; un tinte rosado se difundía por sus pómulos. Ansioso, incorporado casi, se cogía á mi levita, interrogándome con su actitud.

—Hay—le dije—una flor que devuelve instantáneamente la salud al que tiene la fortuna de descubrirla y cortarla por su propia mano. Esta condición precisa, y el no saberse dónde ni cuándo se produce la tal flor, son causa de que por ahora se hayan aprovechado de ella poquitos enfermos. Digo que no se sabe dónde ni cuándo se produce, porque si bien suele encontrarse en las más altas montañas, también afirman que brota en la orilla del mar, á poca profundidad, entre las peñas; pero á veces, en leguas y leguas de costa ó de monte, no aparece ni rastro de la flor. En cambio tiene la ventaja de que no puede confundirse con ninguna otra: ¡imagínese V. la alegría del que la ve! Es del tamaño de una avellana: su forma imita bastante bien la de un corazón; su color, encarnado vivísimo; el olor, á almendra. No la equivoca V., no. Pero si va V. acompañado; si es otro el que la coge... entonces, amiguito, haga V. cuenta que perdió malamente el tiempo.

No afirmo que Norberto creyese á pies juntillas lo que yo iba encajándole con imperturbable seriedad y calor persuasivo. Si he de ser franco, supongo que dudó, y hasta me tuvo á ratos por un patrañero, un visionario ó un socarrón malicioso. Sin embargo, yo sabía que no habían de caer en saco roto mis palabras, porque á la larga siempre admitimos lo que nos con-

suela, y más en la suprema hora en que nos invade la desesperación y quisiéramos agarrarnos aunque fuese á un hilito de araña muy sutil. La expresión del rostro de Norberto cambió dos ó tres veces; le vi pasar del escepticismo á la confianza loca, y, por último, tomándome la mano entre las suyas febriles, exclamó trémulo de afán:

—¿Puede V. jurarme que no se está burlando de un moribundo?

No sé si V. conoce mi modo de pensar en esto del juramento. Le atribuyo escasísimo valor; es una fórmula caballerescas, romántica é idealista, que entraña la afirmación de la inmutabilidad de nuestros sentimientos y convicciones—de que se derivan nuestros actos—siendo así que la idea y la acción nacen de circunstancias actuales, vivas y urgentes. No dando valor al juramento, mi moral tampoco se lo da al perjurio. Juré en falso, pues, con absoluta frescura, calma y convencimiento de hacer bien; y juré en falso invocando el nombre de Dios, en la seguridad de que Dios, que es benigno, también quería que el milagro se hiciese...

Y empezó á hacerse desde aquel mismo punto. Norberto, electrizado con la certeza de poder vivir, se irguió, se echó de la cama, sin ayuda de nadie fué hasta la puerta, llamó á su ayuda de cámara, y le ordenó preparar, inmediatamente, maletas y mantas de camino...

—Solito, ¿eh?—le repetí.—¡No olvidarse!

¡Solito! Ya lo creo que se fué solito Norberto. Desde su partida, todas las mañanas me des-

perté con miedo de recibir la esquila orlada de luto. Pasó, sin embargo, año y medio; encontré á los amigos del enfermo; averigué que nada se sabía de su paradero, pero que vivía. Y al cabo de diez y ocho meses, una tarde que me disponía á salir y ya tenía enganchado el coche para la visita diaria, entró como un huracán un fornido mozo, de traje gris, de hongo avellana, de obscura barba, de rostro atezado, que me estrujó con impetu entre los brazos musculosos y recios.

—¡Soy yo!—repetía en voz sonora y alegre.—¡Norberto! ¿No me conoce V.? No me extraña; debo de estar algo variado... ¿Qué le parezco? ¡Cuánto se ha reído V. de mí! Y lo peor es que ha hecho muy bien, muy bien. Si no es por V., no encuentro la flor de la salud. ¿La ve V.? Aquí la traigo.

Abrió un estuche de cuero de Rusia y vi brillar sobre raso blanco un alfiler de corbata de un solo rubí, cercado de brillantes, en forma de corazón, que me entregó entre empujones amistosos y carcajadas.

—La he buscado primero á orillas del mar. Todos los días registraba las peñas. Al principio me cansaba tanto, que me daban sincopes largos en que pensé quedarme. Pero me sostenía la ilusión de descubrir la flor. El aire del mar y el perseverante ejercicio me prestaron alguna fuerza. Ya no me arrastraba: andaba despacio. Registré bien la costa, peñón por peñón: la flor no la ví. Entonces me interné en un valle muy rústico y retirado. Me pasaba todo e

día agachadito, busca que te buscarás. Vivía entre aldeanos. Comía pan moreno, bebía leche. A cada paso me encontraba mejor... ¡V. adivina lo demás! De allí subí á las montañas nevadas y fieras, que en otro tiempo me parecían horribles... Trepé á los picachos, recorrí los desfiladeros, evité los aludes, cacé, tuve frío, dormí á dos mil metros sobre el nivel del mar... Y un día, embriagado por el ambiente purísimo, sintiendo carnes de acero bajo mi piel de bronce, recuerdo que caí de rodillas en una meseta, y creí ver entre el musgo nuevo, húmedo y escarchado por el deshielo, la roja flor!

—¡Pues ahora que se ha cogido la flor—advertí al mozo—á cuidarla! ¡Que no se seque!

Norberto volvió la cara... Al anoecer del día siguiente le vi por casualidad, de lejos; acompañaba á una mujer, y me pareció que se escurría entre callejuelas, para no tropezarme. Entonces (me había dejado sus señas) le escribí este lacónico billetito:

“El santo Doctor*** no repite los milagros.”



LA FLOR SECA

EL conde del Acerolo no había dado mala vida á su esposa; hasta podía preciarse de marido cortés, afable y correcto. Verificando un examen de conciencia, en el gabinete de la difunta, en ocasión de hacerse cargo de sus papeles y joyas, el conde sólo encontraba motivos para alabarse á sí propio; ninguno para que la condesa se hubiese ido de este mundo minada por una enfermedad de languidez. En efecto; el matrimonio—según el criteriosensatisimo del conde—no era ni por asomos una novela romántica, con extremos, arrebatos y desates de pasión. ¡Ah, eso sí que no podía serlo el matrimonio! Y el conde no recordaba haber faltado jamás á estos principios de seriedad y cordura. Se le acusaría de otra cosa; nunca de poner en verso la vida conyugal. La respetaba demasiado para eso. No hay que confundir los devaneos y los amoríos con la santa coyunda. Y no los confundía el conde.

Abiertos el secreter y los armarios de triple luna, su contenido aparecía patente, revelando todos los hábitos de una señora elegante y dedicada. La ropa blanca, con nieve de encajes

sutiles; las ligeras cajas de los sombreros; las sombrillas de historiado puño; el calzado primoroso, que denuncia la brevedad del estrecho pie; las mantillas y los volantes de puntos rancios y viejos, en sus saquillos de raso con pintado blasón, los abanicos inestimables en sus acolchadas cajas; los guantes largos de blanda Suecia, que aún conservan como moldeada la redondez del brazo y la exquisita forma de la mano... iban saliendo de los estantes, para que el viudo, de una ojeada sola, resolviese allá en su fuero interno lo que convenía regalar á la fiel doncella, lo que debía encajonarse y remitirse al Banco, *por sí andando el tiempo...* y lo que, á título de recuerdo cariñoso, debía ofrecer á las amigas de la muerta, entre las cuales había algunas muy guapas... ¡ Ya lo creo que sí!

Esparcíase por el ambiente un perfume vago y suave, formado de olores distintos: el iris de la ropa interior, el sándalo y la raíz de violeta de algún abanico, el alcanfor disipado de las pieles, el heliotropo de las mantillas que tocaron al cabello, y la madera de cedro de los cajones. Cuando el conde hizo girar la tapa del secreter y empezó á registrarlo, la fragancia fué más viva: el saquillo del papel timbrado y el cuero de Rusia de los estuches del guardajoyas, se unieron á los imperceptibles efluvios que ya saturaban el aire, comunicándoles algo de vivo y embriagador, como si del profanado secreter fuese á salir un interesante drama.

Metódicamente, el conde escudriñaba los di-

minutos cajoncitos, y con instintiva curiosidad se apoderaba de las cartas y las repasaba á prisa. Eran de esos billetes—en papel grueso de caprichosa forma, trazados con letra inglesa de prolongado rasgo rectilíneo—que se cruzan entre damas, y que no contienen nada íntimo, ni serio. La chimenea estaba encendida, y sobre la pirámide de inflamados troncos fué el conde dejando caer aquellos desabridos papeles. Cuando ya no quedó en el secreter ningún manuscrito, sintióse alegre el conde—alegre sin causa—y procedió al espurgo de otros cajones, en que se contenían mil monadas, revueltas con joyas y dijes.

Al llegar al cajoncito central, tiró con más cuidado y lo sacó del todo; porque no ignoraba que el secreter—magnífico mueble hereditario—tenía lo que se llama *un secreto*: un hueco entre el cajón y las columnas de cincelado bronce que lo encerraban, hueco en que nuestros candorosos y felices abuelos solían encerrar rollos de onzas.

El escondrijo sólo contenía una bolsita de raso, y dentro un diminuto envoltorio de papel de seda, algo obscuro y gastado, como si hubiese permanecido mucho tiempo en la bolsa. Esta, á su vez, mostraba señales evidentes de haber estado en contacto con una epidermis, pues la más limpia siempre empaña la superficie del raso. El conde deshizo el envoltorio, y vió adherido á la última doblez un ancho pensamiento, prensado y conservado perfectamente. Sobre las hojas amarillas de la flor había

escrita, en letra microscópica y desconocida, una detallada fecha: año, mes, día y hora. Era bastante reciente la fecha, y anterior á la época en que la condesa empezó á decaer, hasta postarse herida de muerte.

El primer efecto que el hallazgo produjo en el conde, fué un estupor sólo comparable al de cierto personaje del *Barbero*, cuando sorprendió á Don Alonso y Rosina en coloquio harto animado. La inofensiva florecilla le pareció la cabeza de Medusa. Sus pétalos de crespón adquirieron desmesuradas proporciones, y á modo de negras alas de gigantesco pajarraco, palparon y le envolvieron aturdiéndole. ¿Qué demonios era aquel pensamiento de Lucifer? ¿Qué conmemoraba? ¿Qué sentido debía atribuirse á la minuciosa inscripción? Eso: ¿qué sentido? En lo del *sentido* hizo hincapié el conde...

Su despecho, su indignación fueron tales, que pisoteó la flor maldita, reduciéndola á polvo. Y casi al punto mismo se acordó de que era preciso no olvidar la fecha, si algo había de rastrear de aquella grande, imprevista y espantosa infamia... Cogió papel y pluma y apuntó la fecha cuidadosamente antes de que se le borrara de la memoria. Después, bufando y con ganas de romper algo, dió un puntapié al secreter y desperramó los estuches de collares y brazaletes. Ciego y desatentado, registró á empellones el mueble entero, con esperanzas de encontrar algo más que le iluminase: volcó cajones, destripó cajas, y convencido ya de que el secreter nada acusador contenía, lanzóse á

los armarios y empezó á echar al suelo ropas y prendas de vestir, que cayeron en revuelto montón; á abrir los saquillos, á revolverlo y remirarlo todo... sin que ni el más leve indicio, la más insignificante menudencia sospechosa, viniese á descifrar la obscura pero elocuentísima revelación del saquito.

¡Cuán preferible sería—pensaba el viudo—encontrar uno de esos mazos de correspondencia, atados con la indispensable cinta, que no dejan lugar á la duda, que narran la historia del atentado y descubren el nombre del cómplice! Una flor seca, una fecha en sus hojas... ¿qué expresan, qué quieren decir? ¿Son una ñoñería idílica, el tímido primer paso, ó sirven de inso!ente emblema al último baldón que cabe arrojar sobre un marido? ¿Quién había dado á la condesa el pensamiento? ¿Qué mano criminal trazó la fecha? El conde repasó nombres, contó personas... ¡Bah! ¡Se trata á tanta gente; son tantos los primos, amigos del esposo, hermanos de amigas, conocidos de sociedad, parejas de rigodón, en quienes podrían recaer las sospechas de maldad tan inicua como robar en la sombra el honor y la calma al conde del Acerolo!

¡Si él pudiese concretar la fecha y partir de ese dato para saber cómo empleó su esposa el día fatal; á dónde fué; quién la acompañó; quién vino á casa con ella!

El conde oprimió el botoncito de la campanilla y dió tres sacudidas. Entró la doncella de la difunta dama.

—Conteste V. claro y pronto. ¿Qué hizo su señora de V. tal día... tal mes... tal año?...

La chica le miró atónita.

—¿Señor conde?... El señor conde quiere que yo le diga... ¡Pero el señor bien comprende que es imposible acordarse! ¡Sobre que se le olvida á una lo que una misma hizo ayer, señor conde!

Obcecado y todo como se hallaba, el viudo conoció la razón, y dejó libre á la admirada y escamada sirvienta. Casi al punto, una inspiración súbita le movió á sacudir el botoncito dos veces seguidas.

—Manuel tiene un memorió... ¡un memorió ya fastidioso de puro exacto! Quizá recuerde... ¡A ver!

A la pregunta sacramental “¿qué hizo la señora tal día... tal mes... tal año?...”, contestó, en efecto, el ayuda de cámara, algún tanto risueño, y con tono meloso, sin separar del suelo la vista:

—Lo que hizo la señora, no lo sé...; pero ese es un día en que tengo muy presente lo que hizo V. E... Porque justamente... vamos...

—A ver... ¿qué? ¿Qué *justamente* es ese? ¿Qué hice yo ese día?

—¿Quiere el señor que lo diga?

—¿Hablo chino? Contesta á escape.

—La víspera pasó V. E. la noche fuera... ¡una casualidad! porque el señor no solía pasar fuera muchas... Le llevó el coche... ya sabe V. E... al barrio... Y para que la señora no maliciase nada, vine yo á contarla que el se-

ñor estaba en la Venta de la Rubia corriendo liebres, y que hasta muy tarde no volvería... Volvió V. E. pasada la hora de comer; pero la señora se había retirado ya.

No chistó el conde, y el criado hizo mutis discretamente.

